

¿Los niños y las niñas aprenden igual? No.

Si sabes esto, y cómo aprovecharlo, tus clases van a ser increíbles.

Los niños tienen una estructura social muy clara. Depende de sus habilidades. El mejor corriendo, el mejor jugando fútbol, el que saca mejores calificaciones.

Por eso a los niños les sirven las actividades físicas en donde haya una competencia directa, con efectos inmediatos. Si todos ganan, se van a sentir desmotivados. Las competencias tienen que ser en diferentes áreas, para que todos tengan oportunidad de ganar y sobresalir. Por eso, hay que aprender a observar. Porque todos somos buenos para algo.

En las niñas la estructura social está más encubierta. Si designas a una niña como la líder de otras niñas, lo más probable es que si no son de su familia o sus amigas cercanas, se pongan en su contra, para lograr ellas ser las líderes. Pues siempre están en competencia por ser las mejores socialmente: tener el mejor esposo, los hijos más sanos, la mejor en todo.

Los niños se pelean y quien gana sube en la escala social. En cambio, si dos mujeres se pelean y se dejan el ojo morado, consideran que ya no las van a ver bonitas los hombres y eso las hace caer en la escala social. Por eso, prefieren la guerra psicológica, en donde empiezan a hablar mal de la otra. Pero no directamente, sino se lo dicen a otra. Pero no solo eso, sino lo hacen queriendo aparentar que se preocupan por ella. Por ejemplo, supiste que a fulanita su esposo le pinta el cuerno. Ay pobrecita.

Si en una familia, la abuela es la matriarca, luego vienen las hijas y las nietas, todas respetan a la abuela y la obedecen. Pero cuando llega la nuera, y ella es una mujer que se considera valiosa en su propia escala social, no va a querer sujetarse a la abuela y a esa estructura de valores. Por ejemplo, si en la familia del esposo la abuela cocina delicioso y sus hijas también, la nuera en cambio trabaja y le va muy bien en su trabajo, no va a querer ser la cocinera perfecta. O si es profesionalista, o si es muy guapa, tal vez no esté interesada en competir por ser la más ordenada. Sin embargo, sus cuñadas sí la siguen viendo como su rival.

Si la maestra es una mujer, es mejor que no trate de ser amiga de sus alumnas, sino que sea una figura de autoridad. Así las niñas la van a respetar, porque entienden que está en otra categoría.

Los niños no tienen problema con el maestro o maestra, porque solo quieren destacar o ser los líderes de su categoría.

Cuida cómo tratas a tus alumnos:

Nunca hagas chistes o te burles de un niño para marcar que no cumplió una regla. Porque el sarcasmo y la burla hieren la confianza de todos. Así es que no van a volver a confiar en ti.

Poner las reglas con ayuda de los alumnos es muy bueno. Ponlas por escrito.

Tu labor no es enojarte, ni tener la razón. Respecto al trato con los alumnos eres como una barra de contención. Tú solo te activas como una alarma, que no golpea, no lastima, solo avisa.

Las reglas sirven para crear un ambiente seguro y de confianza. Si la barda se mueve cada día, no da seguridad. Si no aplica para todos, genera desconfianza e injusticia. Cuida qué reglas aceptas. Porque las niñas pueden usarlas en tu contra, si no les caes bien.

Si alguien trasgrede el límite y alguien más se da cuenta, dejas que lo acusen contigo y tú recuerdas la regla y les preguntas cuál es la consecuencia. Luego le preguntas al trasgresor, entonces ¿qué tienes que hacer? Y dejas que él responda y asuma la consecuencia. Hay que ser firme. La consecuencia se tiene que cumplir siempre, incluso si tú como maestro eres el trasgresor. Eso da mucha confianza y seguridad a todos.

Si nadie más acusa al trasgresor, entonces lanzas la pregunta al grupo: ¿se acuerdan cuál era la consecuencia de hacer esto? Y esperas a que respondan. Si nadie dice nada, puedes sacar el reglamento que está por escrito y la lees. Luego le preguntas al trasgresor, entonces ¿qué tienes que hacer? Y dejas que él responda y asuma la consecuencia.

Es mejor que las reglas sean en positivo. En lugar de no golpear o no gritar, vamos a decir: vamos a escuchar a los demás. Vamos a pedir turnos para hablar.

Usa palabras cortas. No uses adverbios.

Es muy importante que el niño asuma la consecuencia, porque solo así va a madurar su lóbulo frontal. Y no va a sentir que la consecuencia es un castigo, sino la va a aceptar y va a recapacitar. Es decir, lo va a pensar dos veces, la próxima vez.

Los límites no son para molestar o para que tú puedas castigar.

Si tienes ganas de ser un capataz que castiga o quieres un lugar en donde todos te obedezcan, o donde tú puedas tener la razón, cambia de labor. No seas catequista o maestro.

Si tú les dices a todos: tenemos un problema. Los niños van a querer resolverlo inmediatamente. Las niñas en cambio, van a querer platicarlo, quieren hacer chisme. Una se lo dice a la otra y ella a otra. Así todas se hacen conscientes del problema, pero cada una decide cómo va a reaccionar. Algunas pueden mandar a algún niño a resolver el problema y para ellas, eso fue hacerse cargo.

Por eso los hombres prefieren objetos y máquinas, porque son cosas que pueden arreglar.

Las mujeres prefieren personas. Por eso son más empáticas.

Para fomentar la participación:

Si hay un niño o niña que no quiere participar porque le da pena, no lo pases al frente. Sino ponlo en un grupo más pequeño, con sus amigos, en donde todos empiecen por decir solo una palabra. Luego en la siguiente ronda, en lugar de que exponga el tema que investigó, pídele que diga dos palabras de lo que más le llamó la atención sobre su tema. Luego dile: ¿hay algo más que quieras compartir? Cuando vea que al hablar en público no le pasa nada, va a animarse a decir más cosas.

Yo estoy en contra de los exámenes. Porque a nadie le gusta que lo juzguen.

Cuando tú examinas, pierdes la confianza de los niños.

Y además, siempre hay nerviosismo. Por el miedo a lo desconocido y a no dar el ancho. Eso genera cortisol, que inunda el hipocampo en el cerebro y hace que por un momento se quede uno en blanco.

Cuando quieres que recuerden un concepto, solo haces la pregunta en general: ¿alguien se acuerda de esto? Y vas dando pistas hasta que uno responde.

En lugar de hacer exámenes, ayuda a que los niños puedan aprovechar lo que aprendieron. Por ejemplo, cuando preguntas: ¿Cómo puedes usar esto que te acabo de dar?

Sirve para que el aprendizaje se vuelva más significativo, porque lo pueden asimilar, a algo conocido y porque eso les ayuda a mantener la motivación.

Dime 5 cosas en las que crees que puedes aplicar lo que vimos hoy.

Dime 5 personas a las que crees que esto les puede servir.

Para mí como maestra la recompensa está cuando vas haciendo preguntas para que el mismo niño vaya descubriendo el concepto. Y entonces surge esta cara de asombro y maravilla.

O cuando te atreves a hacer preguntas difíciles: Si les digo que el sentido de la vida cristiana es que seamos santos, ¿ustedes qué me contestan? ¡Sí!

Erika M. Padilla Rubio

Palabra y Obra © ®

Todos los derechos reservados.